

Capítulo de un libro publicado por varios diplomáticos con el título “Fin de Misión”, en que resumí parte de mi experiencia como embajador en España.

EMBAJADA EN ESPAÑA

España no me era ajena cuando asumí la Embajada en 1993. Más de treinta años atrás había realizado estudios de posgrado en ciencias políticas en Madrid y mucho tiempo después, desde 1986 y por cinco años, estuve a cargo del Consulado General Argentino en esa ciudad y con una colonia de casi 40.000 compatriotas, pude vivir una nueva cotidianidad nacional. Ambas experiencias me permitieron familiarizarme con la realidad del país y convivir con los grandes cambios experimentados en ese largo período. Y sobre todo aprender a apreciar la complejidad del mundo español y establecer lazos perdurables de afecto y amistad.

Con las primeras elecciones democráticas en 1977 y la aprobación de la nueva Constitución en 1978 que consagró el sistema de monarquía parlamentaria, España salió definitivamente de su aislamiento internacional tras la Guerra Civil. Había ya comenzado en la época de Franco con la firma de los primeros acuerdos militares con los Estados Unidos, en 1953, durante la Presidencia de Eisenhower, la entrada en la ONU en 1955 y el lanzamiento del primer Plan de Estabilización en 1957, que permitió no sólo insertar al país en la economía internacional, sino también conseguir un muy favorable acuerdo augural con la entonces Comunidad Económica Europea. En 1982, con el Gobierno de Leopoldo Calvo Sotelo, España se integra resueltamente a la Organización del Atlántico Norte (OTAN). Coetáneamente ya desde 1978 se llevaban a cabo las arduas negociaciones para integrar al país a la Comunidad Económica Europea, que se retrasarían, a causa de los reiterados obstáculos puestos por Francia, hasta 1986.

La entrada en la CEE le permitió contar con un saldo favorable de ayuda comunitaria anual de aproximadamente 5000 millones de euros en el primer período, cifra que se duplicó anualmente después de 1992 con la aprobación de los aportes de los Fondos europeos de reestructuración y de cohesión. Lo cierto es que la continuidad de los equipos económicos, más allá de los importantes cambios políticos y de gobiernos no sólo permitieron ir insertando progresivamente a España en el primer plano europeo, dotando a sus empresas de un formidable empuje, sino también concertar con los famosos Pactos de las Moncloa en 1977, entre todas las fuerzas políticas y sociales, acuerdos básicos en el campo de la política y de la economía.

La llegada de los socialistas al poder en 1982 no alteró así el rumbo. Por el contrario le dio un renovado vigor y le permitió empezar a jugar un papel destacado en el plano

internacional y en especial con la Argentina, que en 1983 también había logrado su recuperación democrática. Esas afinidades con nuestro país permitieron articular sus coincidencias ante importantes dilemas latinoamericanos e ir cimentando una amistad política que serviría de base para el posterior desembarque de numerosas empresas españolas, ya con nuestro posterior cambio de gobierno y su nueva política de privatización de las empresas públicas. Si bien toda la dirigencia española estaba estrenando con mucho orgullo su pertenencia europea y democrática y desechando los antiguos dilemas ideológicos, lo que les hacía sentir parte de un club privilegiado en la escena internacional, las ventajosas posibilidades económicas ofrecidas por la Argentina a sus grandes empresas implicaron un despliegue novedoso e inesperado de sus mejores energías y llevaron prontamente a España a transformarse en el primer inversor extranjero en la Argentina. Las relaciones entre nuestras dos naciones habían vivido muchos altibajos históricos desde la independencia y a pesar de los lazos entrañables alimentados por la enorme inmigración española a lo largo del tiempo, lo cierto es que este redescubrimiento mutuo alentado por las nuevas afinidades políticas y económicas requería con urgencia ser completado con urgencia con un mayor conocimiento recíproco.

Este es el escenario en el que me tocaba actuar. Siempre recuerdo la respuesta invariable de Talleyrand cuando sus embajadores le pedían instrucciones “¡Faites aimer la France!” (¡Hagan querer a Francia!). Mi tarea prioritaria era pues procurar asociar no sólo nuestros esfuerzos, sino también los corazones y nuestros espíritus. El conocido internacionalista Joseph Nye habla de la importancia mayor y creciente del “soft power” de los países, que es la posibilidad que pueden tener algunos de suscitar sobre ellos atractivas imágenes y de ese modo tener un peso mayor que el de sus recursos o su poderío.

De allí que mi estrategia y mis actividades se orientaran principalmente sobre tres sectores claves: el cultural, incluyendo todos los centros de estudio y los medios de comunicación; el económico, de tal modo que los empresarios españoles pudieran sentirse más involucrados en el desarrollo argentino mediante un mayor conocimiento de nuestra realidad y finalmente también en el campo del arte en general, incluyendo naturalmente a los sectores del espectáculo, a fin de facilitar el aprecio recíproco y los intercambios. Aunque los tres ámbitos estaban estrechamente ligados, convendrá que los considere separadamente.

Una de las primeras medidas que adopté fue intentar restaurar la amplia Residencia de la embajada, cuyo interior y exterior requería con urgencia una puesta en valor, para que esta avanzada del país pudiera ofrecer un marco digno y atractivo a todos los sectores representativos de la realidad española. La Residencia, la primera como propiedad de nuestro país en España, había sido comprada felizmente por el Embajador Jorge Rojas Silveira, más de veinte años atrás merced a una muy buena oferta de sus entonces dueños y a su amistad con el entonces Presidente. La casa era una mansión perteneciente a una antigua familia noble que no podía ya ni mantenerla ni restaurarla. Dos bombas que cayeron milagrosamente sin explotar en dos de los principales salones de la planta baja durante la Guerra Civil, los alentaron a abandonarlos y recluirse en los

pisos superiores, metáfora curiosa del cuento de Cortázar “Casa tomada”, por lo que el flamante propietario debió ocuparse prioritariamente de extraer esas bombas todavía incrustadas en los techos cuando tomó posesión.

Vale la pena comentar aquí la importancia de las residencias oficiales, que son la primera fachada del país. Cuando ingresé a la Cancillería ésta contaba con dos juiciosos funcionarios que se encargaban de velar por el cuidado y la decoración de las representaciones en el exterior, como así también de las locaciones o compras. Lamentablemente en los sucesivos gobiernos se fueron descuidando estos aspectos, dejando la supervisión burocrática al arbitrio de funcionarios recién llegados y ajenos al servicio exterior que desconocían no sólo las prioridades políticas nacionales, sino sobre todo las funciones básicas de una representación diplomática. De ese modo se fue abandonando el cuidado al decreciente nivel de los embajadores políticos acreditados en las diversas capitales o al arbitrio de los jefes de administración del Ministerio, casi siempre figuras sin las necesarias competencias para administrar un enorme patrimonio político cuyos alcances desconocen. También se han desaprovechado oportunidades muy favorables para adquirir residencias o los despachos de las embajadas, como me pasó cuando me vi obligado a cambiar las oficinas, por falta de visión de futuro y con funcionarios timoratos, condenando al país a pagar altísimos alquileres que podrían haber servido sin costos adicionales para la compra de un inmueble digno. Brasil, por el contrario, ha establecido por Ley que todas las funciones importantes de su Cancillería, ya sea en su sede como en todas sus representaciones en el exterior, sean ejercidas solo por funcionarios diplomáticos, excluyendo expresamente la incorporación de políticos. De esa manera, tanto los encargados de administración como de personal son cargos ejercidos por diplomáticos experimentados. En la práctica, los Cancilleres son también designados entre los embajadores de carrera. De ese modo, Brasil se asegura la continuidad de sus políticas y le otorga una inigualable eficacia a su gestión.

Hechas estas digresiones puedo comentar que con las partidas normales asignadas al sostenimiento, mi mujer, con el auxilio de una arquitecta amiga, pudieron llevar a cabo en pocos meses una completa restauración de los salones de recepción y del piso de huéspedes, el cambio de cortinados y del tapizado de sillones, la pintura de paredes y techos, el arreglo completo del jardín, la iluminación en el interior y exterior del inmueble y la redistribución del mobiliario a fin de reabrir nuevamente las puertas de la Residencia para ofrecer un espacio de relieve a los visitantes, acorde con la importancia que nosotros entendíamos correspondía tuviera nuestro país en España.

En el campo cultural nuestro objetivo fue hacer conocer nuestra compleja realidad, en gran parte desconocida en el mundo español y procurar acercar así la atención de los sectores más representativos locales y de sus mejores inteligencias hacia las creaciones y dilemas de nuestras circunstancias contemporáneas.

No existían en ese momento en España ni estudios ni especialistas de relieve en temas latinoamericanos y mucho menos de la Argentina. Solo subsistía un puñado de estudiosos de los tiempos del Instituto de Cultura Hispánica, desatendidos por las

nuevas urgencias históricas. Por eso me propuse prioritariamente crear un Centro de Estudios sobre la realidad argentina. Como mis primeros tanteos con la Universidad de Madrid no encontraron mayor receptividad, acudí resueltamente y con fundadas razones a la Universidad de Salamanca, donde ya funcionaba un Instituto de Estudios Iberoamericanos. Siendo aún adolescente, uno de mis mentores intelectuales había sido Dardo Cúneo, quien me hizo descubrir a muchos escritores españoles, entre ellos toda la obra de Miguel de Unamuno. El mismo había escrito un enjundioso libro sobre “Sarmiento y Unamuno”, que aún guardaba vivo en mi memoria. Unamuno no sólo había consagrado, con su inmenso prestigio, al “Facundo” de Sarmiento como una de las obras cumbres de la literatura hispanoamericana en el siglo XIX con sus artículos en La Nación de Buenos Aires, que tendrían amplia repercusión en todo el Continente (“La más grande inteligencia de escritor americano en lengua española”), sino que había comprendido que los enojos de Sarmiento contra España “eran enojos propios de un español”, con los que se sentía él mismo identificado. Unamuno fue durante muchos años Rector de la Universidad de Salamanca y a él le correspondió por primera vez utilizar la palabra argentinidad. También en esa Universidad, fundada en 1218, había estudiado leyes en el siglo XVIII nuestro Manuel Belgrano.

Encontré muy buena receptividad primero en el sociólogo Manuel Alcántara, Director del mencionado Instituto y en el nuevo Rector, Ignacio Berdugo, que accedió a concedernos una sede apropiada, una pequeña contribución económica y la incorporación de la Cátedra a sus cursos curriculares de maestría, por lo que al poco tiempo con la colaboración de un inteligente abogado y poeta argentino residente en España Santiago Sylvester, del Consejero Alberto Dojas de mi Embajada y de Antonio Lago Carballo, un intelectual español que había participado en el Gobierno de la Transición con Adolfo Suárez y muy amigo personal y de nuestra América, comenzamos a fijar los objetivos y a redactar los Estatutos del que sería el nuevo Centro, organizar su estructura y sus objetivos y diseñar nuestra estrategia de acción para llevarlo a cabo. El nombre del mismo estaba ya por mí pre-determinado: se llamaría “Cátedra Domingo F. Sarmiento de Estudios Argentinos”. Su objetivo sería promover el mayor conocimiento de la Argentina en España, el estudio de sus problemas y el acercamiento académico y cultural entre los dos países. Para alcanzar esos objetivos debería llevar a cabo cursos, seminarios, proyectos de investigación, conferencias, publicaciones y becas para investigadores. Era nuestra idea que esta Cátedra, la primera que se constituía en Europa, fuese un centro de reflexión y difusión de los asuntos a argentinos en España, un centro de excelencia y un foco de irradiación y de referencia para otras universidades y centros académicos. También debería ayudar a los cientos de especialistas de todas esas empresas españolas que cruzarían el Atlántico a familiarizarse con la historia, la cultura y la realidad argentina.

Los próximos pasos fueron orientados a conseguir el patronazgo de varias de esas empresas con intereses en la Argentina, para asegurar de modo regular el necesario sostén económico a este emprendimiento. Si bien conté desde el principio con el respaldo entusiasta de mi amigo Francisco Pérez González (don Pancho), uno de los principales socios del Grupo editorial Eductrade, que llegó a ser el principal proveedor

de libros escolares para todos los alumnos hispanoparlantes, y de Prisa, editora del Diario “El País”, el más importante de España, debí acudir a los despachos de numerosas empresas y bancos y después de prolongadas conversaciones coincidir con seis de ellas en que aportarían una suma fija anual. Con todos ellos al comienzo de 1995 firmé un “convenio” separado y compromisorio. El siguiente paso fue el de estructurar un Comité Académico de alto nivel y procurando, al menos del lado argentino, que sus tres representantes fueran de tres corrientes ideológicas distintas, a fin de asegurar la mayor excelencia y pluralidad. En un país en el que el sectarismo de las diversas capillas intelectuales era y sigue siendo habitual, pudimos elegir a tres profesores intachables y de gran prestigio: Carlos Floria, cientista político adscripto a la tradición liberal; José Luíz de Imaz, sociólogo destacado vinculado a la tradición católica y nacional y, por fin, mi admirado Gregorio Weinberg, un erudito autodidacta y profesor distinguido a quién se lo relacionaba con la tradición laica y socialista. La elección no solo culminó exitosamente. También me permitió exhibir una muestra ejemplar de convivencia y concordia en el estérilmente excluyente mundo de las ideas en la Argentina. Para la parte española, escogimos con el Rector al filólogo Víctor García de la Concha, quién sería poco después designado Presidente de la Real Academia de la Lengua, José Luíz Cascajo, conocido catedrático de derecho constitucional en Salamanca y Juan Velarde Fuentes, uno de los economistas más influyentes en España y acreditado estudioso de los problemas latinoamericanos. La coordinación administrativa quedó a cargo de Manuel Alcántara, aunque al poco tiempo debimos contratar a un Director de cátedra, designación que recayó oportunamente en un joven y promisorio politicólogo que cursaba en Inglaterra, Luíz Tonelli. Con su auxilio pudimos instalar las oficinas de la Cátedra, dotarla de computadoras y de una secretaría permanente, establecer una red de comunicaciones con una numerosa comunidad académica para estimular similares estudios en otros Centros y comenzar a incrementar su biblioteca con donaciones y compras. Para sellar simbólicamente la nueva creación conseguimos traer el retoño de una higuera del primitivo hogar sarmientino que plantamos en la entrada del Palacio de Abrantes, nuestra Sede.

En la inauguración de la Cátedra en Junio de 1995, después de firmar el “Convenio de Constitución” entre la Embajada y la Universidad de Salamanca, participaron los Ministros de Educación de los dos países, las máximas autoridades de la Junta de Castilla y León y de la ciudad de Salamanca, altos representantes de la Cancillería española y muy numerosos intelectuales y académicos de los dos países y de la Cátedra. Habíamos invitado especialmente también a varios profesores destacados argentinos para un participar en un debate augural con pares españoles sobre las mejores acciones futuras de la Cátedra. El acto tuvo amplia y generosa repercusión en todos los medios españoles y de nuestro país. También se propició el viaje a la Argentina de Víctor Pérez Díaz, afamado cientista político español y de Joan Subirats, destacado sociólogo catalán, para dictar cursos y participar en debates.

Lamentablemente mis sucesores en la Embajada, dejaron de interesarse en la continuidad de ese enorme esfuerzo y se lo dejó languidecer. Hoy sólo queda ya una imponente higuera de recuerdo.

Otra de las inquietudes que surgieron en mis tiempos en el Consulado fue la de propiciar la publicación de un libro sobre la “Vida española del General San Martín” que ahora ya como Embajador pude concretar con el auxilio de Antonio Lago Carballo y varios destacados historiadores, así como también con el decisivo aporte de Telefónica de Argentina. El libro finalmente publicado y que prologué recoge varios trabajos poco conocidos de la familia de San Martín y de su actuación militar en España. Su figura era todavía bastante controvertida para muchos españoles, dado su descollante actuación en el ejército peninsular contra los invasores franceses, antes de embarcarse hacia América y asumir luego la jefatura de la guerra de independencia de Argentina, Chile y Perú. San Martín tenía tres hermanos militares, todos ellos de alta graduación bajo la bandera española, uno de ellos con destacada actuación en Filipinas, y una hermana. La idea principal era poder asociar nuestra admiración por un héroe común en dos Continentes.

También procuramos restaurar la casa de sus padres, situada en Cervatos de la Cueva, en el corazón de Castilla, que era ya un museo.

Las gestiones iniciadas por nuestro muy eficiente Cónsul en Cádiz, José Antonio Tomassini bajo el patrocinio del Consulado General en Madrid a mi cargo en ese entonces y de quién dependía, permitieron comenzar las obras de restauración de la Casa donde vivió y murió Rivadavia con la decisiva contribución de las autoridades locales y provinciales. La casa había sido comprada y donada al Gobierno argentino por nuestro generoso inmigrante catalán Roger Balet en 1932 para realizar actividades culturales. Con el paso del tiempo su deterioro progresivo la transformó casi en ruinas. El emprendimiento de las autoridades gaditanas implicaba concedernos gratuitamente dos de los pisos de la reconstrucción, uno para el Consulado y otro para actividades culturales. Otros dos serían utilizados por ellas para sus actividades administrativas. Merced al Convenio firmado en ese entonces, en 1996 tuve el honor de participar en la inauguración oficial de esa importante obra ya concluida, con la infeliz coincidencia de que el Gobierno argentino había decidido suprimir varios Consulados importantes, entre ellos los de Bilbao, Canarias y en especial el de Cadiz en uno de esos estertores repetidos en nuestra política exterior bajo el pretexto habitual de “restricciones imprevistas presupuestarias”, por lo que no fue fácil afrontar el desaire ante las generosas autoridades locales y regionales.

Como los escritores argentinos y españoles más jóvenes eran casi desconocidos en ambas orillas decidimos encarar con el Instituto Ortega y Gasset un encuentro de cuatro novelistas de cada lado con el provocador título de “¿Una misma lengua nos separa?”. Con el auge de la industria editorial local, nuestra ambición, además del mutuo reconocimiento, era que nuestros novelistas pudieran ser reeditados allí y con ello estimular traducciones a otros idiomas y dilatar su lectura a la amplia audiencia latinoamericana conquistada por las publicaciones españolas. Participaron del lado argentino Héctor Tizón, Rodolfo Rabanal, Mempo Giardinelli y Alina Diaconu. Por el lado español intervinieron Antonio Muñoz Molina, Alvaro Pombo, José María Merino y Rosa Regás. . Las ponencias fueron más tarde publicadas en un número especial de la

Revista de Occidente (Abril 1996). En la misma Revista propiciamos un número especial sobre “La Argentina, entre ayer y mañana” para el que conseguimos artículos de prestigiosos intelectuales argentinos y del español Fernando Savater (Noviembre 1996).

Aprovechando las facilidades ofrecidas por la nueva sede de las oficinas de la Embajada encaramos, con la colaboración de una experta bibliotecaria argentina, la clasificación e informatización de la valiosa colección de miles de libros hasta entonces dispersos y en gran parte apilados desordenadamente en cajas en los depósitos de la anterior embajada. Se la dotó asimismo a la flamante biblioteca de estanterías adecuadas, de mesa de lectura, de una computadora y una colección de CD-ROM con información bibliográfica y temática sobre la Argentina; el acceso a las principales bases de datos de nuestro país, así como a los más completos listados de publicaciones, tanto españolas como argentinas, a fin de facilitar consultas por investigadores, profesores o estudiantes. A la inauguración de la Biblioteca, así como del nuevo salón de actos concurrieron muchas personalidades del mundo intelectual y académico local y en especial el Director General del Libro y Bibliotecas, Fernando Rodríguez Lafuente, con quién descubrimos una placa en la que constaba el nombre de la nueva biblioteca: Juan Bautista Alberdi, en memoria de quién fuera nuestro primer representante diplomático en España. También concurrieron numerosos argentinos residentes en Madrid. Mi sucesor en la Embajada, Carlos Amar- un comerciante de “negocios confusos”, como lo definió el corresponsal de Clarín en España-, decidió primero cambiarle el nombre a la Biblioteca a la que rebautizó imprevistamente y en un torpe gesto de obsecuencia con el nombre de Carlos Saúl Menem, a quién nada benefició de ese modo. Y lo que es peor la trasladó al Colegio Mayor Argentino, situado en las afueras de la ciudad, donde permaneció desmantelada y nuevamente desperdigada. Gracias a la intervención de nuestro Canciller nuestro curioso Representante debió devolverle el nombre original a la biblioteca aunque ya había perdido su sentido.

Tuve, asimismo el honor, de ser invitado por los hijos y nietos de José Ortega y Gasset para presentar en la “Casa de América” un libro que incluía los cursos que dictó el conocido filósofo en nuestro país en 1916 y 1918 y que fueron reordenados por el otro conferenciante, el Profesor José Luís Molinuevo, ocasión en la que pude expresar la inmensa influencia que tuvo en nuestros medios intelectuales y la gratitud con la que siempre lo recordábamos.

Entre Mayo y Junio de 1995 pudimos presentar en Madrid un amplio programa de actividades culturales, en colaboración con la Dirección de Asuntos Culturales de nuestra Cancillería, que se llamó “Argentina en Portada”. En él se incluyeron dos mesas redondas, una con críticos literarios y otra con escritores de ambos países, unas importantes muestras de arquitectura, pintura y fotografía argentinas, representación de varias piezas de teatro y exhibición de numerosas películas con amplia concurrencia de público.

Además de visitar periódicamente a las diversas regiones y mantener conversaciones con sus autoridades, tuve oportunidad de dictar conferencias en distintos ámbitos, a fin de presentar la realidad de nuestro país y estimular su conocimiento y aprecio.

El sistema empresario español estaba en ese tiempo estructurado en gran parte como una pirámide en cuyo vértice estaban los grandes bancos. De ellos dependían o eran participadas numerosas empresas, tanto industriales como de servicios. Además, como bien lo señalara con preocupación Leopoldo Calvo Sotelo, a pesar de los grandes cambios políticos y económicos que se sucedieron en España tras la muerte de Franco, los integrantes de los Consejos de Administración de la mayoría de las más importantes empresas habían permanecido inalterados y a cargo de familias tradicionales. Ya señalé cómo ese nuevo orgullo de pertenencia europea y de inédita prosperidad, Juan Goytisolo hablaría de “nuevos ricos”, coincidió con las imprevistas posibilidades que se abrieron en nuestro país para el desembarco de numerosas empresas españolas que estrenaban así su despliegue internacional y en especial en Latinoamérica. En la opinión pública española todavía quedaban, además, sentimientos encontrados, no siempre favorables, suscitados por la gran inmigración de sudamericanos llegados a España en los últimas dos décadas por razones políticas y económicas. Si bien su asimilación en general no fue difícil, alguno de ellos, argentinos, tuvieron decisiva participación en el armado de los Pactos de la Moncloa, lo cierto es que no se gozaba en los medios de opinión y en variados sectores dirigentes de un aprecio y una ponderación adecuada de nuestra realidad. Las grandes empresas españolas no contaban con planteles especializados en asuntos internacionales, por lo que, por ejemplo, un gerente en Valladolid se veía de pronto encumbrado a la importante Presidencia de su empresa en Buenos Aires sin la necesaria preparación.

También el comercio bilateral se incrementó de manera considerable, al igual que la progresiva participación de empresas pymes en el mismo, tarea a la que mucho ayudaron los estudios de mercado y los encuentros y seminarios que organizamos con la eficaz acción de nuestros sucesivos Consejeros económicos. Las inversiones argentinas fueron todavía reducidas. Después de arduas gestiones con el Banco de España pudimos conseguir destrabar el desembarco de nuestro Banco de la Provincia de Buenos Aires en España mediante la compra de un banco regional. Había asimismo inversores argentinos en la industria química y farmacéutica española.

Para superar las mencionadas distorsiones de nuestra realidad ofrecimos numerosos almuerzos, comidas y recepciones en la Residencia y procuramos involucrar a numerosas empresas con la ya mencionada Cátedra de Salamanca.

Para todas estas actividades pude contar, en la embajada, con la colaboración de un muy buen plantel de diplomáticos profesionales.

Aprovechando que contábamos con un amplio salón de recepción decidimos también organizar clases de tango para lo que conseguimos la colaboración de 8 profesores, estimulados por la posibilidad ulterior de contar con nuevos clientes en sus academias. Comenzamos además con una pequeña selección de personas muy representativas y

relevantes de la sociedad española, a la cual se fueron sumando restrictivamente otros muchos a ellos relacionados, con lo que llegamos a tener periódicamente un promedio de ochenta invitados a esas sesiones que comenzaban al atardecer y se prolongaban más de lo previsto. De ese modo tuvimos un inesperado éxito con la convocatoria de personalidades que nunca antes habían visitado nuestra embajada y con este medio indirecto nuestro país se transformó en un amistoso foco de atracción y aprecio en sectores sociales hasta entonces distantes. La compra de un piano, mediante un complicado sistema de leasing para salvar las reglas contables, nos permitió asimismo ofrecer periódicos conciertos con músicos argentinos.

En el campo artístico propiciamos la condecoración de nuestro querido amigo, el conocido actor teatral y cinematográfico Alberto Closas, tan apreciado en su España natal como en la Argentina donde vivió y actuó muchos años, por lo que pudimos asociar al acto a numerosos integrantes del mundo artístico local y al Alcalde de Madrid. También conseguimos que el renombrado cantante y compositor Luís Aguilé estrenase en nuestra Residencia su primera Zarzuela, ante un público selecto de artistas y medios de comunicación.

La intensificación de las relaciones entre los dos países, tanto entre nuestras Gobiernos como por el progresivo aumento de las inversiones españolas en la Argentina me facilitaron en gran medida los contactos con las máximas autoridades españolas, desde la Casa Real hasta los Jefes de Gobierno y sus Ministros. El Rey Juan Carlos, con quién establecí relaciones muy cordiales, se había transformado en el principal agente “moderador”, como diría Benjamín Constant, de la política española desde la Transición posfranquista y, además de ser un prestigioso embajador de los intereses españoles en el mundo, pasó a ser también un inigualable amigo de la Argentina. También con el Presidente de Gobierno, Felipe González que había comenzado su gestión con veleidades ideológicas tercermundistas para pasar a ser, con los años de gobierno, un admirable hombre de Estado y un actor destacado en la escena europea e internacional, al igual que con su adversario y sucesor en 1996, José María Aznar y sus respectivos ministros, pude establecer amistosas relaciones, lo que me ayudó a afrontar algunas dificultades de difícil solución en otros niveles.

Es interesante destacar aquí que me tocó vivir de cerca el desgaste progresivo del gobierno de Felipe González, asediado no sólo por los cuestionamientos cada vez más acuciantes de José María Aznar, sino también por el persistente tironeo de la izquierda de su partido. Los cuadros socialistas, por otra parte, estaban en gran medida desmovilizados a causa del vaciamiento ideológico producido por las exigencias gubernativas. Se le notaba al Presidente su conciencia de fin de ciclo y que la tarea de gobierno le había ya pasado a ser agobiante tras trece años en el mando. Al cabo de un tiempo de dejar el cargo volví a encontrarlo en una recepción y pude comprobar, con su aire distendido y su renovado encanto y cordialidad, que había rejuvenecido notablemente. Aznar era 10 años más joven y nacido en 1953 no se sentía preocupado por las historias viejas de España. Suplía su falta de carisma con una envidiable determinación -había perdido ya dos elecciones generales en años anteriores-, y un discurso adecuado al neoliberalismo dominante en el mundo, en contraste con el

seductor líder andaluz, que se sintió siempre más cercano a Europa que al mundo anglosajón.

También pude vivir el alto y muy civilizado nivel de los debates en el Congreso, que testimoniaban el profundo cambio operado en la convivencia española y como la democracia se había ya arraigado, dejando atrás las cautelas y miedos de la primera Transición. El admirable y pacífico cambio de gobierno no afectó los excelentes vínculos con la Argentina. Por el contrario, las relaciones con el Gobierno del Presidente Menem se hicieron aún más estrechas.

Uno de los problemas más delicados en las relaciones fue provocado por el Juez Baltazar Garzón con la apertura de un juicio por la desaparición de ciudadanos españoles en la nuestro país durante el gobierno militar, a instancias de sectores trotskistas locales y argentinos. Con motivo del rechazo del Gobierno argentino a dichas pretensiones de extraterritorialidad, pude comprobar la grata comprensión de las autoridades españolas a nuestra posición, dado que nuestros jueces ya estaban actuando en esos casos. Recuerdo todavía las expresiones de la Ministra de Justicia que calificó al juez Garzón como “un enfermo de notoriedad” y que no debíamos preocuparnos porque él sabía que no iba a tener éxito con su proceso y que sólo quería su repercusión mediática.

Las visitas de Gobernadores, Ministros y legisladores argentinos a España, así como las de autoridades del Gobierno peninsular y de las Comunidades autónomas a nuestro país se fueron incrementando, así como los contactos informales entre ellas no siempre canalizados a través de la embajada fueron enriqueciendo las relaciones, aunque no en todos los casos positivamente. En nuestro país, en general, tanto las circunstanciales autoridades como los más variados dirigentes sociales, suelen carecer de una adecuada conciencia de Estado y de la distinción entre lo público y lo privado, de tal modo que, como bien lo señalaba Octavio Paz, es muy fuerte la tentación periódica de considerarlo un bien patrimonial o sin dueño y por tanto apropiable con los cambiantes gobiernos o deudor de sus intereses. Ello produce interferencias, a veces enojosas, con los Representantes oficiales del país en el exterior. Ello también es evidente en la confusa relación que tienen en general nuestros ciudadanos con las embajadas y consulados, percepción que se hace más problemática con los viajeros y en países donde existe una colonia muy numerosa de connacionales como es el caso de España, por lo cual sus demandas suelen casi siempre exceder las gestiones o tramitaciones para las que se está habilitado.

Un prestigioso diplomático francés, Albert Chambon, escribió un libro con un título sugestivo “¿Qué es lo que hacen los diplomáticos entre dos cocktails?”, en el que procuraba mostrar las múltiples actividades que deben desempeñar los profesionales de la diplomacia y que el público en general desconoce. También quiso destacar el desconocimiento habitual de las autoridades y las clases políticas sobre el mundo internacional y el rol de las embajadas. Desde los desayunos y los cocktails y comidas incesantes de trabajo hasta las conferencias, gestiones y encuentros con autoridades, dirigentes y los diversos sectores de la sociedad en la que se desempeñan, el envío de

información y de evaluaciones periódicas sobre la política y la economía del país a las Cancillerías, todas ellas constituyen unas tareas intensas si se las vive con pasión. Es lo que he procurado reflejar en estas líneas como muestra de las funciones y actividades que llevan a cabo la mayoría de mis colegas en otras latitudes.

Embajador Guillermo Jacovella